

OÍD EL RUIDO DE ROTAS CADENAS CAUSALES

Fernando Balbachan¹

fbalbach@indiana.edu

RESUMEN: Enmarcado en la tradición de la filosofía analítica del lenguaje, este trabajo se propone dilucidar cómo se lleva a cabo la referencia de los nombres propios, analizando en detalle el argumento de John Searle acerca de que la cadena causal de comunicación que Saul Kripke postula no constituye las condiciones necesarias ni suficientes para una referencia exitosa. El artículo comienza por explicar el concepto kripkeano de designador rígido y el mecanismo por el cual podemos hacer referencia a un único término individual a través de todos los mundos posibles: bautismo inicial, cadena causal y contenido intencional restringido. De este modo la institución de los nombres propios se presenta como una práctica social supraindividual, aunque contiene un componente intencional. Esto último representa un obstáculo para cualquier teoría que no tome en cuenta usos parasitarios y secundarios de los nombres propios. Habiendo presentado el modelo causalista, promoveremos un interesante contrapunto entre la tradición descriptivista de Searle y la tesis de Kripke. Finalmente, concluiremos con una solución conciliatoria entre ambas posturas como un posible programa de investigación que reivindique las intuiciones preteóricas de los usuarios de los nombres propios.

PALABRAS-CLAVE: Filosofía del language; nombres próprios.

1. KRIPKE Y EL MODELO CAUSAL

1.1 DESIGNADORES RÍGIDOS Y MUNDOS POSIBLES

El modelo causal de Kripke rompe definitivamente con la tradición descriptivista de las teorías de la referencia de los nombres propios y se presenta como una propuesta más intuitiva para describir nuestro uso de la institución de los nombres propios. La teoría de Kripke parte de las nociones de *designadores rígidos* y *mundos posibles*:

Designador rígido: Un designador es rígido si y sólo si designa la mismo objeto en todos los mundos posibles en los que ese objeto existe

¹ Universidad de Buenos Aires / Indiana University.

Mundo posible: Situaciones contrafáctica o historias posibles del mundo, constituidas por los mismos objetos² que constituyen el mundo efectivo

La idea general de Kripke es que los nombres propios (y los términos generales) son designadores rígidos, en tanto que las descripciones definidas no lo son. Es decir, los nombres propios y las descripciones definidas tienen distintas propiedades modales: Los primeros permiten identificar a los objetos a pesar del cambio de sus propiedades (no esenciales o fenomenológicas), en la totalidad del espectro de los mundos posibles. De acuerdo con esto, la tesis de que los nombres propios son designadores rígidos debe entenderse como la tesis, fuertemente intuitiva, de que los nombres propios son instrumentos que nos permiten hablar de los objetos reales efectivamente existentes en situaciones contrafácticas (es decir, situaciones en las que carecen de sus propiedades habituales) y especular sobre lo que podría haberles ocurrido.

Ahora bien, la tesis semántica de los designadores rígidos presupone un correlato ontológico de raigambre metafísica esencialista: la existencia de ciertas propiedades esenciales, que pertenecen necesariamente a los objetos en todos los mundos posibles. Como puede preverse, no es fácil especificar cuáles son estas propiedades. Según Kripke, en el caso de personas, la esencia está constituida por el óvulo y el espermatozoide que le dieron origen en cada caso; en el caso de los objetos materiales, apela no sólo al origen sino también a la materia de la que están compuestos; en el caso de los tipos naturales, la esencia está constituida por la microestructura física.

Obsérvese cómo, oponiéndose claramente al postulado básico de la teoría cúmulo de Searle, Kripke sostiene que el individuo al que hacemos referencia por el nombre propio *Aristóteles* podría carecer de la mayor parte de las propiedades usualmente consideradas importantes -“*el maestro de Alejandro Magno*” o “*el más grande discípulo de Platón*” o “*el autor de la Metafísica*” o “*el Estagirita*”-, salvo la de ser “*el hijo del Sr. y la Sra. Aristóteles*”.

² Obsérvese que esta definición está alejada de la concepción de Lewis de mundo posible como un mundo constituido por las **contrapartes** de los objetos existentes en el mundo real. Cf. Lewis (1986)

1.2 BAUTISMO INICIAL Y CADENA CAUSAL DE COMUNICACIÓN

Según Kripke, el mecanismo por el cual un nombre propio refiere a un objeto está determinado por la existencia de una relación causal entre ambos, no mediatizada por ningún contenido descriptivo.

“Las relaciones causales, en la medida en que constituyen relaciones físicas, parecen ofrecer un camino de salida del círculo intencional, y otorgarle así al significado una explicación plenamente compatible con el fisicalismo, es decir, con la concepción ontológica general según la cual todos los hechos - químicos, biológicos, psicológicos, semánticos, etc.- son explicables en términos naturales o, en otras palabras, son reductibles, en sentido amplio a hechos físicos. De este modo, el enfoque causalista puede ser interpretado como un claro intento por naturalizar la referencia” [Orlando (1999), pp.71-72]

Kripke distingue un mecanismo de fijación de la referencia y un mecanismo de transmisión de la misma, en los cuales la causalidad interviene de distintas maneras.

El mecanismo de fijación opera en el momento hipotético en que el nombre es usado por primera vez para hacer referencia a un individuo. Para caracterizar este momento, Kripke utiliza la expresión *bautismo inicial*: a partir de **una relación perceptiva directa con un objeto determinado**, una cierta expresión queda causalmente anclada o fundada en el objeto en cuestión. Kripke reconoce que en muchos casos el bautismo inicial es llevado a cabo con la **ayuda de descripciones**, las cuales contribuyen a la identificación del objeto referido. Pero en ningún caso acepta la idea de que las descripciones en cuestión constituyan el significado del nombre propio.

Por otra parte, el mecanismo de transmisión de la referencia es puramente causal: los nombres propios son transmitidos a los miembros de una comunidad lingüística que no estuvieron presentes en el bautismo inicial por medio de una **cadena causal de comunicación**.

El enfoque de Kripke supera los problemas que presentaban los enfoques descriptivistas de Frege y de Searle puesto que tal como explica Orlando:

“Se trata de una nueva concepción acerca de cómo un signo se relaciona con un objeto que no asigna rol alguno al conocimiento que el hablante pueda tener del objeto en cuestión. En los términos anteriores, el significado carece de dimensión epistémica: no hay sentido mediador sino sólo referencia directa. Por consiguiente, el sentido deja de ser, como lo era en el marco de las teorías descriptivas, el punto de contacto entre la teoría del significado y la teoría de la comprensión. Desde el nuevo punto de vista, en la medida en que el significado no involucra sentido alguno, la comprensión no implica

conocimiento: como se puso de manifiesto en la exposición del mecanismo de transmisión, comprender un signo equivale a insertarse adecuadamente en la cadena causal que conduce hasta el referente” [Orlando (1999), p.74]

2. LA POLÉMICA SEARLE VS. KRIPKE

El presente trabajo se propone abordar el argumento de Searle que critica la tesis de Kripke acerca de que una cadena causal da las condiciones suficientes y necesarias para la referencia exitosa de un nombre propio. Así pues, se intentará demostrar, a la luz de la teoría causalista y del uso lingüístico que de hecho conllevan los nombres propios, que la argumentación de Searle se torna, cuanto menos, oscura.

2.1 NO ES SUFICIENTE VIAJAR A MADAGASCAR

Searle considera que la teoría causal “se describiría mejor como la teoría de la cadena externa de la comunicación” [Searle (1992), p.237] y comenta la teoría de Kripke del siguiente modo:

“Así Kripke establece tres condiciones [...] bautismo inicial, cadena causal, contenido intencional restringido. Y la explicación es aún externa en este sentido: aunque cada eslabón en la cadena de comunicación es percibido tanto por el hablante como por el oyente, lo que es relevante no es cómo el hablante piensa que logra la referencia sino la cadena de comunicación efectiva” [Searle (1992), p.241]

En efecto, Searle apunta que Kripke introduce sigilosamente un elemento intencionalista: cada hablante debe tener la intención de referirse al mismo objeto que la persona de quien ha aprendido el nombre se refiere. Ahora bien, el argumento central de Searle despliega la tesis de que la cadena causal kripkeana no da ni las condiciones suficientes ni las condiciones necesarias para la referencia exitosa de un nombre propio, para lo cual se vale de interesantes ejemplos, los cuales, no obstante, adolecen de algunas fallas explicativas.

Para demostrar que la cadena causal no establece las condiciones suficientes para la referencia de nombres propios, Searle trae a cuento el caso de *Madagascar*:

“...era originalmente el nombre de una parte de Africa. Marco Polo, aunque presumiblemente satisfacía la condición kripkeana de tener la intención de usar el nombre con la misma referencia que el hombre de quien lo oyó, se

refería, a pesar de todo, a una isla frente a la costa de Africa y esa isla es ahora lo que nosotros mentamos con el nombre Madagascar” [Searle (1992), p.242]

Es decir, en términos de Searle existiría una única cadena causal externa o histórica para el nombre, la cual conectaría a nuestro uso actual del mismo (para referirnos a una isla) con una región del continente africano, o al menos con el bautismo de tal región.

Sin embargo, resultan sorprendentemente palmarias las falencias de una conclusión como la anterior. Kripke ya restringía la extensión o el alcance de la cadena causal cuando afirmaba:

“Si escucho el nombre Napoleón y decido que sería un nombre simpático para mi oso hormiguero doméstico, no satisfago esta condición [la de tener la intención de usar el nombre con la misma referencia con que lo he recibido]” [Kripke (1995), p.96. La cursiva es agregado nuestro]

Así es como Kripke deja abierta la posibilidad de múltiples bautismos [*multiple groundings*] que recurran a un mismo soporte lingüístico (nombre), cada uno de los cuales habrá de marcar el comienzo de una nueva e independiente cadena causal histórica³.

Pero todavía resta un interrogante, ¿en verdad tenía Marco Polo la intención de seguir usando *Madagascar* para referirse a lo mismo que su interlocutor de entonces? Lejos está de nosotros toda posibilidad de averiguar las respuestas, pero sugiero recurrir a un ejemplo aún más ilustrativo y en todo sentido análogo al del navegante veneciano. Se trata del exhaustivo comentario que nos prodiga el Inca Garcilaso de la Vega acerca del origen del nombre *Perú*:⁴

“Pues hemos de tratar de Perú, será bien digamos aquí cómo se dedujo este nombre, no lo teniendo los indios en su lenguaje[...] Un navío de éstos pasó la línea equinoccial a la parte sur, y cerca de ella vio un indio que a la boca de un río estaba pescando [...] Los españoles le preguntaron por señas y por palabras qué tierra era aquélla y cómo se llamaba. El indio entendía que le preguntaban mas no entendía lo que le preguntaban y a lo que entendió qué era el preguntarle, respondió a prisa [...] diciendo Berú, y añadió otro y dijo Pelú. Quiso decir: «Si me preguntáis cómo me llamo, yo me digo Berú, y si me preguntáis dónde estaba , digo que estaba en el río». Porque es de saber

³ Kripke agrega: “Pero, desde luego, no toda suerte de cadena causal que va desde mí hasta un determinado hombre bastaría para que yo hiciera una referencia. Puede haber una cadena causal desde nuestro uso de *Santaclós* hasta cierto santo que existió históricamente, pero, sin embargo cuando los niños usan este nombre en el presente probablemente no se refieren a aquel santo. Así pues, tienen que satisfacerse otras condiciones” [Kripke (1995), p.93]

⁴ Inca Garcilaso de la Vega (1948), *Comentarios Reales*, Buenos Aires, Emecé, 1948. tomo I, cap. IV. *La cursiva es agregado nuestro*

que el nombre Pelú en el lenguaje de aquella provincia es apelativo y significa río en común [...] Los cristianos entendieron conforme a su deseo, imaginando que el indio les había entendido y respondido a propósito, y desde aquel tiempo, que era el año de 1515 o 1516, llamaron Perú a aquel riquísimo y grande Imperio, corrompiendo ambos nombres [el del indio y el de río]”

Este oportunísimo ejemplo muestra la ruptura de una cadena causal de un nombre propio (el indio llamado *Berú*) y el forjamiento del primer eslabón de una nueva cadena causal (el Imperio llamado *Berú*), aun cuando esto se haya dado a partir de un malentendido comunicacional; justamente, una deficiente comunicación avalaría aún más la idea de un desdoblamiento (o más bien de una ruptura) de la cadena causal histórica.

No satisfechos con este ejemplo, imaginemos una probable réplica de Searle a la homologación de su contratesis al ejemplo de Perú: el autor de *Intencionalidad* podría conceder que en el caso de los conquistadores españoles se está en presencia de dos cadenas causales distintas porque un nombre es usado para referirse a una persona, a la vez que la misma forma lingüística se usa para referirse a un objeto perteneciente a un **tipo de cosa** totalmente diferente como es un Imperio; en cambio, en el caso de Marco Polo el que los dos usos del nombre *Madagascar* pertenezcan a un mismo *tipo de cosa* podría ser un aval de que la cadena causal sigue siendo una sola:

“En la vida real se transfiere un montón de información en la cadena de comunicación y alguna información de este tipo será relevante para asegurar la referencia. Por ejemplo, el tipo de cosa nombrada por el nombre (si es una montaña o un hombre o un caniche o lo que sea)” [Searle (1992), p.253]

No obstante, nuevamente nos mostramos reticentes a aceptar tal defensa. Para empezar el límite entre los distintos *tipos de cosas* que pueden eventualmente ser nombrados por un nombre es, si existe, difuso: el nombre *Mercurio* parece haber sido muy apropiado para referirse a un dios, a un planeta y aun elemento químico. En realidad, cabría preguntarse si en situaciones límites de **ignorancia supina** (el hablante desconoce todo acerca del nombre, a excepción del nombre mismo), el reconocimiento (si es que lo hay) de que cierto nombre propio extraño es usado para nombrar cierto *tipo de cosa* no reside menos en el nombre mismo (o en la transferencia de la cadena de comunicación) que simplemente en el contexto lingüístico del enunciado:

¿Conocés a Feynman? (presupone que Feynman es una persona)

¿Viajaste a Feynman? (presupone que Feynman es un lugar)

Esto explica por qué el nombre de un indio pasó a bautizar por descripción a un gran imperio en la situación límite de ignorancia supina de los conquistadores españoles, situación en la que *Berú* pudo haber sido un nombre apropiado (según ellos) para un imperio o para una marca de lavarropas (dependiendo esto sólo de lo que ellos habían preguntado). Pero a la vez, también justifica el considerar a los dos usos de *Madagascar* como dos cadenas causales, aunque los *tipos de cosa* nombrados por cada una de ellas sean semejantes (una región geográfica de un continente o una isla⁵).

A pesar de todo lo anterior, es harto difícil no concederle a Searle un punto: el importante papel que desempeña el contenido intencional en la referencia de un nombre propio. Parece poco creíble que la referencia se logre sólo en virtud de algunos hechos sobre el mundo absolutamente independientes de cómo esos hechos se representan en la mente de los hablantes (causación física ordinaria). Pero de ahí a afirmar:

“La única cadena de que importa es la transferencia de un contenido intencional de un uso de una expresión al siguiente eslabón, en cada caso la referencia está asegurada [*sólo*] en virtud del contenido intencional descriptivista que está en la mente del hablante que usa la expresión” [Searle (1992), p.249. La cursiva es agregado nuestro]

, hay una sutil diferencia. Lo que no se percibe en toda esta confrontación es un hecho muy simple: las interferencias y las restricciones de lo intencional en la cadena causal kripkeana no son una muestra de inconsistencia filosófica sino antes bien, un índice de algún tipo de interrelación entre lo externamente causal y una cadena internalista de intenciones. La cadena causal externa es lo que posibilita un marco comunicativo en un sentido amplio, pero a su vez necesita de la transferencia no tergiversada del contenido intencional para asegurar una referencia exitosa. Ambas cadenas deben ser concurrentes y concomitantes, puesto que la ruptura de cualquiera de ellas traería aparejada una referencia anómala. Si la cadena causal externa (entendida como cadena de comunicación efectiva) se rompe, la transmisión del contenido proposicional no asegura por sí misma el éxito de la referencia a través de una misma cadena causal histórica, tal como lo demuestra el ejemplo del Inca Garcilaso de la Vega. Por otra parte, si varía el contenido descriptivo intencional (más allá de la aceptable variación entre intenciones

⁵ Lo que quiero dejar en claro es que justamente el que los dos tipos de cosa sean semejantes no puede ser esgrimido como defensa de una única cadena causal, sino que aquello bien podría ser el resultado de una ignorancia supina de Marco Polo quien, luego de asimilar un cierto número de enunciados en los que figurara el nombre Madagascar, infirió erróneamente que dicho nombre se refería a una isla. Entonces, pretendiendo ser un eslabón más de la cadena original, no hizo sino forjar el primer eslabón de una nueva cadena de comunicación efectiva.

de primer orden, parásitas y usos secundarios⁶), como en los ejemplos de *Marco Polo* y del *oso hormiguero doméstico*, esto redundará en el forjamiento de una nueva cadena causal histórica. Entonces, es en este sentido que resulta plausible afirmar que existe cierta preminencia o determinación lógica (en cuanto a condición de posibilidad) de la cadena de contenido intencional por sobre la cadena causal de comunicación, pero esto se condice aproximadamente con lo que Kripke ya postulaba⁷ como requisito para una cadena causal: el contenido intencional restringido. Lo anterior, sin embargo, no nos autoriza a prescindir del rol de la cadena causal externa en cuanto al éxito en la referencia de los nombres propios, tal como pretende Searle: “La cadena causal externa no desempeña ningún papel explicativo” [Searle (1992), p.249]. En síntesis, se ha demostrado que en tanto la cadena causal externa implica la transferencia de un contenido intencional restringido sí establece las condiciones suficientes para una referencia exitosa del nombre propio⁸.

2.2 NO ES NECESARIO VIVIR EN TRIBU

El argumento que desarrolla Searle respecto a que la cadena causal de Kripke **no da las condiciones necesarias** para la referencia exitosa es quizá más difícil de rebatir. Haciendo gala de sus dotes de demiurgo, el filósofo crea una tribu en la que

⁶ Esta posibilidad de uso secundario de los nombres propios que Searle reconoce como marginal resulta prácticamente idéntica al uso atributivo de Donellan. [véase el ejemplo Gödel / Schmidt en Searle (1992), pp.255-256] [cf. Donellan (1971)]

⁷ Ahora que ya ha sido desarrollada nuestra posición respecto del ejemplo de *Madagascar*, transcribiremos a continuación la postura del propio Kripke frente al mismo ejemplo para que se consideren las llamativas coincidencias en las conclusiones: “Gareth Evans ha señalado que surgen casos similares de cambio de referencia cuando el cambio [...] es de una entidad real a otra de la misma clase. De acuerdo con Evans, *Madagascar* era un nombre autóctono para una parte de África; Marco Polo aplicó el nombre a una isla pensando erróneamente que seguía una práctica de los nativos [...] En la actualidad, el uso del nombre como el nombre de una isla ha sido tan extendido que seguramente anula cualquier conexión histórica con el nombre autóctono [...] Una intención presente de referirse a determinada entidad anula la intención original de conservar la referencia en la cadena histórica de transmisión [...] el fenómeno es tal vez elucidable en términos generales apelando al carácter predominantemente social del uso de los nombres propios enfatizado en el texto: usamos los nombres para comunicarnos con otros hablantes en una lengua común. Este carácter dictamina generalmente que un hablante debe intentar usar un nombre de la misma manera como le fue transmitido; pero en el caso de *Madagascar* este carácter social dictamina que la intención actual de referirse a una isla anula el nexo distante con el uso de los nativos” [Kripke (1995), pp.159-160, nota g de la *Addenda*]

⁸ En algún sentido este reconocimiento al mérito de la postura de Kripke se deja entrever en ciertos intersticios de la argumentación de Searle: “El germen de verdad que hay en la teoría causal me parece que es éste: [...] dado un conflicto entre el contenido intencional de primer orden y el parásito usualmente preferiremos el segundo [...] porque la cadena de intencionalidad parásita nos devolverá al objetivo original del bautismo” [Searle (1992), p.254. El subrayado es nuestro]

“todo el mundo conoce a todo el mundo⁹ [...] los miembros recién nacidos de la tribu son bautizados en ceremonias a las que asiste toda la tribu [...] cuando los niños crecen aprenden los nombres de las personas [...] de las montañas, etc. Por ostensión [...] también hay un tabú para hablar de la muerte así que ningún nombre de nadie es mencionado después de muerto” [Searle (1992), p.245]

Así pues, Searle considera que la tribu tiene la institución de los nombres propios para hacer referencia pero no hay un solo uso singular de un nombre que satisfaga la cadena causal de la teoría de la comunicación; es decir que la teoría causalista, o más despectivamente hablando en términos de Searle, “el cuadro”, no da el carácter esencial de los nombres propios.

El refinamiento del ejemplo, que merece un elogio aparte, lo ampara de la siguiente réplica: aún podría decirse que hay conexión causal entre la adquisición del nombre y el objeto nombrado porque éste se presenta ostensivamente. Pero, en primer lugar, el género de conexión causal que enseña el uso del nombre es pura y simplemente causación intencional no externalista en absoluto.

“Como Kripke concede, puede haber nombres en la comunidad que sean introducidos puramente por descripción. Supongamos que los astrónomos y meteorólogos de la comunidad son capaces de predecir tormentas y eventos astronómicos del futuro y que ligan nombres propios con estos eventos y fenómenos futuros. Estos nombres se enseñan a todos los miembros de la comunidad puramente por descripción y no hay ninguna posibilidad de que los eventos causen los nombres porque los eventos están en el futuro” [Searle (1992), p.246]

En realidad, esta comunidad primitiva (aunque no tanto como para no dominar los secretos de la meteorología) parecería constituir un sólido ejemplo en la argumentación de Searle, de no ser por la inverosimilitud de tal situación. Sin embargo, no se trata sólo de argumentar contra lo insostenible del tabú frente a la muerte, de las predicciones climáticas y de los bautismos colectivos, sino más bien de apuntar los dardos contra lo que todo esto provocaría: una suerte de estado epistémico común para todos los integrantes de la tribu con el que se desvirtuaría por completo la naturaleza de los nombres propios. En efecto, en la tribu en cuestión sería impensable una disciplina como la Historia y la toponimia se limitaría al espacio geográfico perceptible. Parece ser que gran parte del conocimiento humano está cifrado en los nombres propios de personas (Historia), de lugares (Geografía) o de cosas (Química, Astronomía, Medicina,

⁹ Por supuesto, habría que incorporar al ejemplo el requisito de que ningún miembro de la tribu entre en contacto con algún foráneo (sea concedido esto).

etc.) En este sentido cualquier hablante competente de la tribu dispondría prácticamente de la misma enciclopedia (entendida en términos de János Petöfi¹⁰ como un diccionario de términos singulares específicos).

Por otra parte, Searle mismo había observado que la principal razón de ser de los nombres propios es que “necesitamos hacer referencias repetidas al mismo objeto, incluso cuando el objeto no está presente, y por ello damos al objeto un nombre” [Searle (1992), p.236. *El subrayado es nuestro*]. A la luz de esta suerte de función esencial del nombre propio, ¿cómo debe entenderse el tabú tribal hacia la muerte? La respuesta sería: como una anulación omnitemporal de la existencia del objeto (lo cual parece incurrir en un absurdo ontológico); es decir, las personas que murieron (léase *no están presentes*) nunca existieron pues no hay modo alguno de que quienes no los conocieron se refieran a ellas individualizándolas eficazmente sin recurrir a una cadena causal histórica.

Pero si el pasado trae problemas, pasemos ahora al futuro, no al futuro catastrófico de los grandes cataclismos y movimientos telúricos sino a uno un tanto más modesto: imaginemos a una mujer embarazada perteneciente a la tribu y llamada *N’Kona*, hablando de su futuro hijo para quien ya ha elegido un nombre: *Iugurthu*. Pues bien, en un arranque de orgullo materno la señora *N’Kona* emite el siguiente enunciado: «*Iugurthu será médico*», ¿es de esperar acaso que todos en la tribu hayan sido notificados a la vez de este “bautismo prematuro”? ¿cómo habría de ser en tal caso la ostensión? Suponiendo que la panza de la señora *N’Kona* aún no mostrara indicios de estar henchida y que en la tribu no fuera conocida la técnica de la ecografía, ¿qué señalaría que pueda ser tomado plausiblemente como *Iugurthu*? (lo que en la bibliografía especializada se conoce como el *qua problem* o *problema del respectu*). Además, difícilmente *Iugurthu* satisfaga algún contenido descriptivo intencional asociado (¿*Iugurthu* es acaso **lo que está ahora en la panza de N’Kona**? ¿y luego de nacer?). En realidad, es dable pensar que la madre transfiera a través de una cadena causal de comunicación efectiva la referencia (harto compleja, por cierto) del nombre propio *Iugurthu* a quien habrá de la tía del bebé, y así sucesivamente.

Reconocemos que con toda esta elucidación no hemos demostrado que la cadena causal kripkeana sea necesaria para la referencia exitosa de los nombres propios, aunque

¹⁰ “There are three sets of knowledge that play an essential role [...] in the interpretation: 1-general common sense and expert knowledge concerning the classes of objects and the classes of potential states of affairs; 2-**general knowledge concerning individual objects and individual states of affair** [...] let us *encyclopedia* for that” [Petöfi (1985), pp.96-97. La negrita es agregado nuestro]

sí hemos demostrado que el ejemplo de Searle no demuestra que la cadena causal no sea necesaria puesto que con tantas restricciones tanto la función como la noción misma de los nombres propios quedarían desvirtuadas. Lo más que hemos hecho es haber revelado la inviabilidad y los infinitos malestares que se desprenden del ejemplo.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN: NO SÓLO LA INTENCIÓN ES LO QUE CUENTA

Esta edificante polémica demuestra que lejos de desechar el componente intencional en la referencia de nombres propios, éste debe ser tomado en cuenta para la efectividad de la cadena causal histórica. Pero justamente, en este sentido no hay que olvidar que la institución de los nombres propios es una práctica social cuyo ámbito de acción trasciende el mero contenido intencional del individuo. No obstante, el componente de intencionalidad, aun restringido según los condicionamientos de la teoría causalista kripkeana, presenta varios inconvenientes a la hora de elaborar una especificación formal que distinga criteriosamente los usos parásitos, no parásitos y secundarios de los nombres propios en un enunciado.

Más allá de rótulos estancos, sería aconsejable aprovechar los aportes que pudieran prodigar tanto la posición descriptivista como la causalista, como así también las intuiciones preteóricas de los hablantes que llevan a cabo la práctica de la institución de los nombres propios, sin que fútiles confrontaciones hagan perder de vista la consecución del objetivo final: dar cuenta del complejo mecanismo por el cual podemos referirnos exitosamente a un único objeto, individualizándolo a través de variadas circunstancias y mundos posibles.

Referencias bibliográficas

1. DONELLAN, Keith. "Reference and definite descriptions" en Steinberg & Jakubovitz (eds.), 1971
2. KRIPKE, Saul. *El nombrar y la necesidad*, México, UNAM, 1995
3. LEWIS, David. *On the plurality of worlds*, Oxford, Basil Blackwell, 1986
4. ORLANDO, Eleonora. *Concepciones de la referencia*, Buenos Aires, EUDEBA, 1999

5. PETÖFI, Janos. "Lexicon" en Dressler, Wolfgang (ed.), *Handbook of discourse analysis*, Londres, Academic Press, Vol. II, 1985
6. SEARLE, John. *Intencionalidad*, Madrid, Tecnos, 1992

RESUMEN: Enmarcado en la tradición de la filosofía analítica del lenguaje, este trabajo se propone dilucidar cómo se lleva a cabo la referencia de los nombres propios, analizando en detalle el argumento de John Searle acerca de que la cadena causal de comunicación que Saul Kripke postula no constituye las condiciones necesarias ni suficientes para una referencia exitosa. El artículo comienza por explicar el concepto kripkeano de designador rígido y el mecanismo por el cual podemos hacer referencia a un único término individual a través de todos los mundos posibles: bautismo inicial, cadena causal y contenido intencional restringido. De este modo la institución de los nombres propios se presenta como una práctica social supraindividual, aunque contiene un componente intencional. Esto último representa un obstáculo para cualquier teoría que no tome en cuenta usos parasitarios y secundarios de los nombres propios. Habiendo presentado el modelo causalista, promoveremos un interesante contrapunto entre la tradición descriptivista de Searle y la tesis de Kripke. Finalmente, concluiremos con una solución conciliatoria entre ambas posturas como un posible programa de investigación que reivindique las intuiciones preteóricas de los usuarios de los nombres propios.

PALABRAS-CLAVE: Filosofía del lenguaje; nombres propios.

RESUMO: Dentro da tradição da filosofia analítica da linguagem, este trabalho se propõe a elucidar como se dá a referência de nomes próprios, analisando em detalhe o argumento de John Searle sobre o fato de que a cadeia causal de comunicação proposta por Kripke não constitui condições necessárias nem suficientes para uma referência com êxito. O artigo começa explicando o conceito kripkeano de designador rígido e o mecanismo pelo qual podemos fazer referência a um único termo individual através de todos os mundos possíveis: batismo inicial, cadeia casual e conteúdo intensional restringido. Dessa forma, a instituição dos nomes próprios se apresenta como uma prática social supra-individual, ainda que contenha um componente intensional. Este representa um obstáculo para qualquer teoria que não leve em consideração os usos parasitários e secundários dos nomes próprios. Tendo apresentado o modelo causalista, promoveremos um interessante contraponto com uma solução conciliatória entre ambas as posturas como um possível programa de investigação que reivindique as intuições pré-teóricas dos usuários dos nomes próprios.

PALAVRAS-CHAVE: Filosofia da linguagem; nomes próprios.

ABSTRACT: Belonging to the analytic tradition in philosophy of language, this current work aims to elucidate how the reference of proper names is determined, approaching Searle's argument about the fact that Kripke's causal chain of communication does not give the necessary and enough conditions for a successful reference. Beginning from the concept of rigid designer, the article analyzes the mechanism by which we refer to a unique individual term, through every possible world: initial baptism, causal chain and restrictive intentional content. Thus, the institution of proper names is a supraindividual social practice, embedded, however, into an intentional component. The latter represents an obstacle for any theory which does not take into account parasitical and secondary uses of proper names. We will introduce the causalist model and then we will enforce a thought-provoking polemic between Searle's descriptivist view and Kripke's causalist one. Finally we will end with a brief of synthesis solution as a possible research program which even claim back the pretheoretic intuitions of users of proper names.

KEYWORDS: Philosophy of language; Proper names.

Artículo recibido en 29 de noviembre de 2006.

Artículo acepto para publicación en el 26 de febrero de 2007.